

## Sacerdote Doctor Olaso

En un capítulo, a última hora, se me notificó que el cese era definitivo. No discutí las razones que, por cierto, se me dieron abiertamente y claramente. Se con- vino en la fórmula del anuncio de esta noticia. He aquí el texto que se preparó para...

# LA RAZON DE MI SILENCIO

Un deber moral me obliga a dar a mis radioyentes las razones que han motivado el cese de mi colaboración semanal en el programa de lengua española de la Radiodifusión Francesa. Desde noviembre de 1946 he venido transmitiendo mi crónica radiada. Nunca hubo una sola interrupción. En más de mil emisiones se han leído 576 charlas, que hacen un volumen de 2.500 páginas aproximadamente. La Radiodifusión calcula en unos 4 millones el inmenso público que escucha este programa, y en unos 10 millones las personas a que llegaba, más o menos, su influencia. Buena prueba de ello son las innumerables cartas recibidas de sus oyentes por el Sacerdote Dr. Olaso. Correspondencia la más variada y emocionante desde el simple encargo de una gestión hasta la sencilla felicitación, la dura crítica y el insulto. Sobre todo, quedan en el archivo las cartas íntimas y de problemas de conciencia, que revelan la confianza total que muchísimos radioescuchas depositaron en el sacerdote, autor de las crónicas. Estas constituían el programa más oído de la Sección de Lengua española de la Radiodifusión Francesa que llegó a superar, en número de oyentes, a todas las emisiones extranjeras en lengua española de los radios de todo el mundo.

Mis radioescuchas conocen perfectamente el carácter de esas crónicas. Se trataba de proclamar principios éticos y de moral natural, y de aplicarlos a los hechos de cada día, teniendo siempre en cuenta la situación espiritual y las exigencias de su inmenso auditorio. Nunca quise hablar por hablar, ni estudiar temas irreales e imaginarios. Mi afán consistía en encarnar las ideas, en aplicar las doctrinas a los hechos, en explicar con la mayor sencillez postulados de honradez, de rectitud, de justicia y de caridad, con la mira puesta en mis oyentes. Sobre todo, me constituí en defensor de la libertad humana, vilipendiada y ultrajada.

Naturalmente, esta línea de conducta había de provocar fuertes reacciones en algunos sectores oficiales. Por eso se multiplicaron gestiones y demandas para hacer cesar las emisiones y reducir al silencio la voz tenaz y constante de la crónica radiada. Durante años resistió la Radiodifusión Francesa, emisora oficial y única en Francia, a esas reclamaciones y protestas. Este es un motivo que me obliga a agradecer vivamente, a las Autoridades responsables de la Radio, el honor y el privilegio que para mí ha sido el poder disponer, durante once años, de un instrumento tan eficaz e influente como era su programa de emisiones.

Pero, como era de temer, las duras realidades de la hora presente doblaron esa resistencia. Y no seré yo quien se crea competente para interpretar altas razones de Estado. Un día, el 18 de octubre, se me informaba que mis charlas quedarían suspendidas por un mes. El hecho no me sorprendió. Ya iba observando yo desde hacía algún tiempo un cierto enarecimiento del ambiente. No olvidemos que, el mes de agosto, celebraron una doble conferencia en San Sebastian y Biarritz el Ministro de Relaciones Exteriores español y el Secretario de Estado de Negocios Extranjeros de Francia. Sospeché que íbamos hacia la liquidación total de mi colaboración; y pedí garantías de que mi retorno ante el micrófono iba a ser real y efectivo. Se me prometieron esas garantías. Sobre

todo, exigí que se anunciara públicamente la fecha de la reanudación de las charlas. Y así se hizo : VEINTE VECES se dijo por la radio que el 23 de noviembre volvería a reintegrarse el Sacerdote Dr. Olaso, quien tomaba un descanso después de una ininterrumpida colaboración semanal de once años.

Sin embargo, a última hora, se me notificó que el cese era definitivo. No discutí las razones que, por cierto, se me dieron abiertamente y claramente. Se convino en la fórmula del anuncio de esta noticia. He aquí el texto que se preparó para ello :

« **NOTA DEL SACERDOTE DR. OLASO.** — Se ha venido anunciando el pasado mes que el 23 de noviembre reanudaría mi colaboración semanal ante el micrófono de la Radiodifusión Francesa. Pero no es así. Bien a mi pesar y con gran pena, me veo obligado a dar por terminada la larga serie de mis charlas.

« El cese de la colaboración se debe a causas enteramente ajenas a mi voluntad. Debo advertir que la autoridad eclesiástica no ha intervenido en modo alguno para llegar a esta decisión. Saben mis superiores jerárquicos que una indicación suya hubiera bastado para cerrar mi boca y detener mi pluma. »

Más tarde, el mismo 23 de noviembre, se me informó que esta fórmula no era aceptable, y se me sugirió otra en la que se diría que el cese de mi colaboración era TEMPORAL y se debía a razones de fuerza mayor, por ejemplo, motivos de salud. Naturalmente, no pude acceder a esta propuesta. Me lo impedía mi propia dignidad personal y sacerdotal. Debía comportarme con lealtad ante mis oyentes. Mi último ofrecimiento consistió en que se radiara la charla que ya había entregado para la emisión del 23, « La Caridad Cristiana y nuestros muertos » — que se reproduce a continuación — o que se leyera la nota arriba copiada. La respuesta no fue satisfactoria y, desde aquel momento, me declaré desligado de todo compromiso con la Radiodifusión Francesa, sobre la que recaería la responsabilidad de cualquiera decisión en el caso. Mis radioescuchas conocen lo sucedido : ni en la emisión del 23 ni en la del 25, dijo absolutamente nada la Radio. Como era de suponer, este silencio sorprendió a mis oyentes. No fui yo el responsable del mismo. No me pesa haber actuado de esta manera. Confió en que mis oyentes comprenderán perfectamente mi actitud y la lealtad que inspiró toda mi conducta.

Pero no quiero terminar esta nota sin exponer públicamente la conclusión más importante y fundamental que he podido deducir de las enseñanzas recibidas durante mis once años de colaborador de la Radiodifusión Francesa. Estoy plenamente convencido de que mis oyentes pertenecen a un pueblo fundamentalmente religioso y moral. Sus reacciones más vivas han sido siempre en respuesta a temas morales y éticos : honradez, verdad, justicia, libertad, caridad, han sido los postulados humanos y cristianos que han sacudido y hecho vibrar el espíritu de millones de radioescuchas. Otros temas no eran capaces de provocar semejante reacción. Los problemas puramente políticos, económicos o sociales eran enjuiciados desde el punto de vista humano y ético. He aquí el secreto del éxito. Esta ha sido la lección más consoladora de mis años de colaborador. Y será un factor poderosísimo para construir un futuro de paz, de concordia y de convivencia entre hermanos que un día se combatieron a muerte, y, en consecuencia, sea éste mi último mensaje :

Paz a los hombres de buena voluntad...

Paris, noviembre 1957

Dirección postal : 32, rue de Babylone, Paris (VII).

# LA CARIDAD CRISTIANA Y NUESTROS MUERTOS

Por el Sacerdote Dr. OLASO

Y pasemos al segundo caso, de mayor emoción aún sucedido en España. Es sabido que D. Julián Besteiro, antiguo profesor de Lógica de la Universidad Central de Madrid, líder socialista que llegó a ser Presidente de las primeras Cortes Constituyentes, falleció el 11 de febrero de 1941. Como decíamos ayer... el Sacerdote Dr. OLASO ha mantenido ante este micrófono una ininterrumpida colaboración semanal durante once años justos y cabales. Un total de 576 charlas que hacen un volumen de 2.500 páginas. Y, según cálculos, sus oyentes se elevan hasta muy cerca de los 4 millones. Cuando me pongo a reflexionar sobre ese campo inmenso a donde llega la semilla de mi modesta palabra, siento un escalofrío que me abruma y sobrecoge. Es difícil ponderar la enorme responsabilidad que pesa sobre el autor de estas páginas. Bien a la vista la tengo cuando contemplo la múltiple y variada correspondencia que ha ido llegando a mis manos durante todos esos años. Hasta he leído cartas en que se me hace la confesión detallada de pecados solicitando la absolución por correo. Y hay páginas que no se pueden leer sin que las lágrimas asomen a los ojos. Todo ese cúmulo de confianza encierra un valor humano que jamás será capaz de apreciar suficientemente.

Y con esta clara entro en el año décimosegundo de mi colaboración. Nunca agradeceré lo bastante a la Radiodifusión Francesa el honor y el privilegio que ha sido para mí el poder utilizar su micrófono para comunicarme con tantas conciencias y ser el depositario de tantas intimidades. No hay hoy en Europa otro programa en lengua española que se escuche tanto como éste de la Radio París. Francia ejerce en el mundo un influjo cultural saturado de profunda emoción humana, y nuestro deber consiste en ponernos a tono con esa tradición que penetra el espíritu del hombre y lo sacude en sus raíces mismas.

Un mes de noviembre inicié mi colaboración, y todos los años hemos consagrado un recuerdo a los muertos, a nuestros muertos, a todos nuestros muertos, sin distinción de ideas, de posición social o de religión. No hay colores entre los que ya se fueron a la eternidad. Están en dos bandos, a la derecha y a la izquierda del Juez, las ovejas y los cabritos. Pero nosotros carecemos de autoridad para saber quién está entre los benditos de Mi Padre y quién no. Los muertos son de Dios, todos los muertos son de Dios; un misterio insondable cubre su destino final, y a nosotros sólo nos queda el recuerdo piadoso, el afecto de hermanos para elevar una plegaria por su eterno descanso.

Voy a dar a mis oyentes hechos que encarnan una actitud cristiana frente a la muerte. Me han de perdonar que en uno de ellos salga yo mismo como uno de los actores. Un día del verano de 1941 recibí en Londres un telegrama que decía: « Hoy falleció el Cardenal Gomá... » El eminente purpurado había sido Arzobispo Primado de Toledo. Durante nuestra triste guerra civil él me honró con cartas y hasta con dos visitas a Francia. No nos pudimos ver; me encontraba ausente y de viaje; pero, al día siguiente, venía su carta a comunicarme alguna novedad. Siempre respeté y veneré al Cardenal Gomá como una gran figura de la Iglesia. Tenía alma de prócer. Su muerte me afectó profundamente. Al día siguiente del telegrama, llegaba yo a la estación Victoria, de Londres, y coincidí a la puerta con mi gran amigo D. Manuel de Irujo, que fue Ministro de Justicia en el Gobierno Republicano. Me preguntó qué iba a hacer a aquella hora temprana en la capital inglesa, y le respondí que iba a celebrar la Santa Misa a la Catedral. « ¿ Tiene V. la intención libre ? », me preguntó D. Manuel. — « No, le respondí. Voy a celebrar por una intención particular ». Y él se me ofreció a ayudarme haciendo de monaguillo. Ambos caminamos en dirección de la iglesia madre, penetrando en la sacristía. Allí comencé a revestirme, y el Sr. Irujo se acercó a mí, y en voz baja me dijo: « ¿ Sabe

que ayer falleció el Cardenal Gomá ? » Y le respondí : « Por su eterno descanso es mi misa de hoy » — « Pues por él era mi intención », añadió D. Manuel. Y continuó diciendo : « Me alegro mucho de nuestra coincidencia. El Cardenal y nosotros hemos estado en campos contrarios. Y ahora, sin más testigo que Dios, rezaremos por él. Será un funeral bien modesto, pero sin duda alguna de inmenso sabor cristiano ». Y así fue en efecto. El Ministro de la República ayudaba de monaguillo la misa en sufragio del Cardenal Gomá. Nunca he publicado este episodio. Me resistía a ello porque yo era uno de los actores del mismo. Pero hoy lo doy al micrófono, porque creo que encierra una lección, sobre todo para nuestros jóvenes. Las discrepancias se detienen ante la tumba. Y allí sólo debe escucharse la voz de la plegaria humana.

Y pasemos al segundo caso, de mayor emoción aún, sucedido en España. Es sabido que D. Julián Besteiro, antiguo profesor de Lógica de la Universidad Central de Madrid, líder socialista que llegó a ser Presidente de las primeras Cortes de la República, pasó sus últimos meses de vida en la prisión de Carmona, en unión de un grupo de cerca de 70 sacerdotes vascos. D. Julián fue un hombre fino, delicado, alma selecta de gran cultura, pero no tenía fe. Su trato con los sacerdotes vascos llegó a unirse con lazos de amistad a alguno de ellos. Un día D. Julián apareció más demacrado que nunca, y uno de los sacerdotes le recomendó se retirara. A las pocas horas, el prohombre socialista empeoró y su salud causó verdadera alarma. Visita del médico, visita del párroco de Carmona, D. José Coromin, quien conoció y trató a Besteiro durante su estancia en la prisión. Los sacerdotes rodearon el lecho del moribundo, rezaron por él, pero sin lograr ningún acto exterior que pudiera ser prueba de un deseo de reconciliarse con la Iglesia. La misma noche falleció D. Julián. Su humilde celda bien hubiera merecido el pincel de un artista para perpetuar al moribundo y a los sacerdotes arrodillados que rezaban por él en su agonía. Inmediatamente funcionó el teléfono con Madrid. ¿ Qué funeral había de hacerse ? Alguien sugirió en el teléfono unos funerales católicos, pero el párroco D. José se negó a ello. « He llegado a conocer y a querer a D. Julián », dijo él. « He podido ver su sinceridad de alma. Mi deber es respetar esa conciencia, y creo que hay que enterrarlo civilmente ». En efecto, a las pocas horas se sacaba el cadáver en dirección del cementerio. Era todavía el alba, el sol comenzaba a dar señales de vida en el horizonte. Cuatro hombres cargaron sobre sus hombros el ataúd modesto y humilde. Detrás caminaba como único acompañante un hombre vestido de negro con traje talar ; era el párroco de Carmona. Aquel día este buen eclesiástico visitó nuevamente la cárcel para hablar con sus hermanos en el sacerdocio y comentar algo sobre D. Julián, y en su sencillez pronunció estas sublimes palabras : « Hoy se ha visto en España algo digno de que jamás se olvide : un entierro civil presidido por el párroco de la localidad...! los que va se fueron a la eternidad. Están en los bandos a la derecha y a la izquierda del juez las ovejas y los caprinos. Pero nosotros cargamos de un... Los... Se que más tarde murió también aquel sacerdote de noble alma cristiana que se llamó D. José Coromin. Hoy quiero rendirle un homenaje bien sincero y sentido por el ejemplo magnífico de caridad cristiana que dió a todos en el silencio de una mañana solitaria y triste. Brindo este caso a los creyentes para que sepamos respetar la conciencia sincera de quien no piensa como nosotros, y lo brindo también a las izquierdas, sobre todo a los socialistas, para que vean en ese humilde sacerdote andaluz al depositario del espíritu evangélico, al párroco sencillo de los pueblecitos de España que recogen las confidencias y las intimidades de todos y a veces, aun de los no practicantes... »

En este mes de noviembre, aprendamos todos la gran lección de la caridad, de la tolerancia, del respeto a todos los muertos, que son nuestros hermanos por encima de discrepancias ideológicas, pues todos esperamos abrazarnos en el seno de Dios. Desde aquella altura divina hemos de mirar a todos los muertos. No tienen color alguno ; son hijos del mismo Padre y herederos de idéntica herencia, ganada por la sangre de un mismo Redentor. No pretendamos llevar nuestras discrepancias de aquí abajo más allá de la tumba. Oremos por todos ; esa oración es lazo de caridad que nos hará mucho bien, aun para sabernos respetar cuando militemos en campos distintos durante nuestra peregrinación en este mundo... »